

Revelación del mundo y la Palabra en Ángel Martínez Baigorri

La depurada y extensa producción poética de Ángel Martínez Baigorri (1899-1971) no ha recibido aún el reconocimiento universal que merece. Ni las historias de la literatura, ni las antologías literarias le han hecho justicia hasta ahora. Tal vez su doble condición hispana y religiosa han puesto sordina a la difusión de la personalidad y la obra de este jesuita español trasplantado a Hispanoamérica. El autor del presente estudio está empeñado, desde hace tiempo, en dar a conocer a nuestro eximio poeta.

Emilio del Río Maeso*

* Colegio San José. PP. Jesuitas. Valladolid. Editor de las *Poesías completas* (I-II) de Ángel M. B., publicadas por Educación y Cultura del Gobierno de Navarra en 1999 y 2000 (1).

(1) Fondo de Publicaciones, Gobierno de Navarra; Navas de Tolosa, 21; Pamplona. Tel. y fax: 948 427 123. E-mail: fpubli01@cfnavarra.es

Esta inmensa metáfora, la creación

ÁNGEL no quiere que el arte sea algo añadido a la realidad, fingido, superfluo. Está muy lejos de la deriva que teóricamente arranca en Kant: el arte es finalidad en sí y es arte tanto cuanto se aparte de la naturaleza (2); el arte no sólo es distinto de la naturaleza; se diferencia, porque se opondrá, se arranca y vale por sí solo. Para Ángel, sí que es distinto de la naturaleza; pero en sentido radicalmente distinto: es la palabra de la Realidad.

La palabra es la cosa y el hombre que la dice, la vida misma que se da. Cita Ángel a Gracián: «Están en los objetos mismos las agudezas objetivas» (3). La palabra, aun la más patética y subjetiva, se arranca de la realidad —exterior o interior—. La palabra de los momentos felices de la poesía sólo es romántica con el romanticismo «que pasa por encima de las palabras para ir a las cosas hasta procurar rabiosamente —con una rabia serena— arrancarles, con la palabra viva que nace de ellas, el secreto de eternidad que todas las cosas tienen».

Como Shakespeare, Cervantes, Dante, Homero, Esquilo, Mío Cid, el Arcipreste, fray Luis. «Con el romanticismo de Adán, el mejor de todos, que hacía de las cosas palabras, vivas metáforas de las cosas mismas, cuando lo que él decía eso era la cosa. Y subiendo infinitamente, romántica con el romanticismo de Dios, que por el Verbo —Arte de Dios omnipotente— para expresarle eternamente, hizo, jugando con los orbes, *esta inmensa metáfora que es toda la creación*, y nos la dejó a nosotros para que le busquemos sus infinitos sentidos... el nombre de cada cosa» (4).

Tanto Villoslada como Bertrán le han hablado de la poesía como una forma de embellecer la realidad. Ángel no está de acuerdo. (Ya el marqués

(2) Otros muchos lo han repetido. Kant lo enuncia el primero, de plano, como cimienta del párrafo primero de su *Crítica del Juicio*. Hechas la *Crítica de la Razón pura*, y la *de la Razón práctica*, esperó una perspectiva nueva. Lo hace con la *Crítica del Juicio* que divide en I. *estético*; y II. *moral*.

(3) En *Agudeza y Arte de ingenio*. A Gracián dedica Ángel su libro mejor editado en su vida: *Sonetos irreparables-85*; edic. Finisterre, México, 1964.

(4) A García-Villoslada, C 35, 19 de marzo, 1945. La cultura de Ángel antigua y moderna no es «fuente»; pero su poesía «vale» en toda esa intertextualidad. Tiene razón Claudio Guillén; la tiene T. S. Eliot: una obra vale lo que vale en la gran corriente «from Homer» —desde Homero—. Ver nuestro estudio «El contacto vital de Ángel con la cultura», en *Príncipe de Viana*, núm. sept.-dic. de 2000.

de Santillana hablaba de la poesía como una «fermosa cobertura».) No; Ángel sabe que la Belleza es la Vida realísima y no ningún añadido. Villoslada abogaba por un contacto directo con las cosas —contra lo que llama poesía pura—, «aunque depurándolas y glorificándolas» (5). Lo segundo no le parece bien a Ángel: «porque en ser lo que son tienen —respecto a decir todo lo que deben— su propia depuración y glorificación las cosas» (6). Bertrán le habla, con Santo Tomás, de cómo la luz pulcrifica las cosas —y eso debería, según él, hacer la poesía—. Ángel prefiere expresarse de otro modo: «La luz —nuestra luz, no la física— no embellece nada: descubre o hace que descubramos lo que hay de hermosura en toda cosa» (7).

¿Nominalismo? Sí: el de crear los nombres que digan la cosa —el Universo y el autor—. El de Adán. «La gramática de Adán que supo crear los nombres de las cosas y fue por eso el primer poeta *primitivo*, dejándonos a nosotros la tarea de acercarnos lo que podamos a él, aunque tengamos que resignarnos a ser siempre poetas *posprimitivos*». Desde aquí Ángel explica su *Río* a Villoslada: «Yo he querido —sin querer— dar la cosa, porque dar la cosa es dar su idea sin que nosotros queramos añadir otras que deformen la que la cosa tiene en la creación, como reflejo real y vivo de la que tiene —de la que es— en su tipo de las ideas sagradas, no de Platón, sino de aquel divino tipo de las ideas que son vida, simplicísima, en la Vida del Verbo» (8).

Cualquier situación podría convertirse en palabra esencial —esencial al Universo y esencial al autor. Una tarde de 1952 está escribiendo una carta «fluvial»: «La palabra de esta tarde —o que soy yo esta tarde en el mundo— son esos montes azules, de un azul tan azul que es como un azul sólido que hace los montes aéreos y como incrustados en él. Y era de todo punto necesario que yo dijera la palabra de esta tarde. Los montes azules no se pueden poner sobre el papel para decirla, pero sí tenían que estar en una carta que yo escribiese... aunque yo no los hubiese nombrado» (9).

¿Palabra artística y palabra gramatical? Un alumno le ha preguntado si la palabra gramatical da también vida. «Yo respondí que en eso se diferencian...: con la palabra (gramatical) se exponen las cosas en sí, es decir, como muertas en la idea; la artística las expresa como vivas en el alma —hace las cosas más cosas, desnudando su ser íntimo, y da el alma con ellas» (10).

(5) De G.-Villoslada, C 34, 3 de mayo 1944.

(6) A. G.-Villoslada, C 35, 19 de marzo, 1945.

(7) A Bertrán, C 4, 1964?

(8) L. c.

(9) A J. Blajot, C 5, 1952.

(10) A Carlos A. Morales, C 119, 24 dic., 1945.

Por lo mismo, lo más importante y primero en poesía será saber ver —Ángel no cita el *sapere aude* kantiano, de Husserl, de Ortega; sino la de Leonardo da Vinci: *sapere vedere*. Saber ver bien fuera: saber ver bien dentro; saber ver bien la indivisible unión, entre el dentro esencial y el esencial afuera del Universo. Ese lugar de unión es el Uno en que todas las cosas «son» Uno: participan en el Uno, que está en todas y da vida a todas —desde el comienzo al fin—. «Los caminos de la poesía son descubrir: saber ver; no sublimar nada, sino descubrir lo que hay de sublime en todo» (11).

Ángel, enamorado de la Palabra, es un enamorado del silencio, para llegar a la esencia de las cosas; de su forma mayor la soledad: «Se ve que ya no soporto la soledad», a Coronel; medía al poeta por la capacidad de soledad; citaba a Shakespeare: «Silence is the gratest herald of joy!» En su meditación sacerdotal *Cumbre de la Memoria*, citaba a G. M. Hopkins: «Elected silence, sing to me! ¡Escogido silencio, cántame!».

Es en el silencio donde descubre la voz, la novedad permanente del mar: «La otra carta se la escribí, dice a Bertrán, a las dos de la mañana con sola la voz del mar... Ésta se la escribo también a la misma hora, en el mismo silencio y oyendo en él de nuevo —de nuevo por primera vez— su voz y el mar» (12). Escribe esas líneas en 1965.

El silencio es para Ángel el mayor heraldo del alma, del mundo y de Dios. A Federico Argüello, desde su tierra, en Ostuma, le resalta el gran silencio de la selva: «Silencio de plenitud en que él mismo es la expresión de lo incfable. Cuando se rompe ese silencio, todo el bosque fuera y toda la creación dentro de nosotros, se conmueve» (13).

En carta a mí mismo, 1959, dice que toda su obra se resumirá en su definitivo silencio: «Los que con tanto ardor se esfuerzan en recoger lo mejor de las palabras que he ido sembrando —en reunir mis libros o lo mejor de ellos— no harán sino querer dar sentido a esa mi última palabra —la que se esfuerce en salir de mi definitivo silencio—. «La vida, con la muerte, acabará de hacerme. Y mi silencio —el que quede sin temblar, sereno y puro después de mi última palabra—, será la mejor palabra que habré dicho y en la que temblará todo lo que... había querido decir» (14).

«Silencio de la Palabra» es un poema sobre Navidad, escrito por Ángel en Braga a fin de 1935, en su 3.ª Probación. Para hablarnos mejor esa Palabra de Dios «se quedó en Ti callada». La poesía mejor va llena de la ple-

(11) A Carlos A. Morales, A Bertrán, C 4, 1964?

(12) A Bertrán, C 4, 1964?

(13) A F. Argüello, C 114, dic., 1945.

(14) A Emilio del Río, C 75, comienzos de 1959.

nitud que habita el silencio pleno. «No me interesan nada los vacíos». La mejor poesía «viene de aquel eterno silencio que es para nosotros –mientras el HOY se nombra– la Palabra en que el Señor está completo» (15).

Silencio vivo. Forma total de atención; forma suprema de amor. El secreto último de la palabra poética de Ángel –la versión que en Ángel toma la metáfora del Universo, que habla en él– es una actitud de amor al Dios Creador, que lo conserva y lo dirige a la Plenitud en él, por la Palabra, en el Espíritu. El Amor de Dios en él, de él en Dios, es su entronque que le saca del «Hoy» y le hace eterno eternidad de Dios. Amor que fluye de Dios sobre nosotros abiertos a Él. «Una actitud no que nosotros... forzamos, sino en que nos ponen las cosas mismas que se nos entregan o sólo con luz o en un abrazo de luz que es canto –se nos vienen más como Dios las hizo: *Todo lo hizo cantando*. Y todo lo ha de recibir, en nuestra entrega, cantando» (16).

Invasión y salvación por la Palabra –palabras esenciales–

ÁNGEL recibe el ensayo que le envía Ellacuría, «Ángel Martínez, Poeta esencial», y en su respuesta señala: «Bien visto ese punto culminante de la Palabra en mí» (17). La Palabra en una gran inmanencia, dentro de la distinción fundamental de palabra humana y palabra de Dios. La Palabra de Dios hablando en él; su palabra de hombre integrada en la primera, en la que se realiza del todo a sí misma y se entrega como Don de Dios.

Coronel escribe a Ángel que no puede imponerse un trabajo por propia decisión, porque entonces «habré salvado mi voluntad..., pero no habré salvado mi alma» (18). Ángel asumirá la expresión, dándole una hondura y amplitud estremecedora años más tarde en el ensayo: «Secreto de salvación» y añade: «Sólo te salvarás por la Palabra».

La palabra es el resultado de una invasión: la invasión con que nosotros entramos al ser, y la invasión con que el ser entra en nosotros. (Ignoro si

(15) A Ellacuría, C 146, agosto 1962. Ángel escribe unas notas, no en libro: «Mi Memoria de Ayer..., de Hoy, y de Mañana»; centro: «mientras el HOY se nombra» –carta a los Hebreos, 3, 13–.

(16) A Bertrán, C 4, 1964?

(17) A I. Ellacuría, C 155, 1958. El ensayo de Ellacuría «Ángel Martínez, Poeta esencial» llena 40 pp. en la revista *Cultura*, Ministerio de Cultura, El Salvador, julio-dic., 1958.

(18) De J. Coronel, C 16, 30 de nov., 1941.

Ángel ha leído ya —creo que aún no— la afirmación de Heidegger: «La palabra es la morada del ser» (19).

Su poesía, escribe Ángel a Ellacuría, es «Invasión, lo más poderosa posible al ser para hallarle la palabra que lo diga como él mismo se dice, invasión a carga cerrada —de nosotros en él, de él en nosotros—, para dejarlo abierto como Dios lo ve y, en sus límites de paso, lo más cerca posible a como Dios se lo dice eternamente en su palabra. El dolor que nos causan esas *palabras esenciales* —junto con el gozo infinito de hallarlas— no es sino el quejarse y gritar de la palabra humana por no llegar a la palabra del ser. Son los gritos de los dolores de parto del mundo. Aquellos gritos que oía tan bien San Pablo... Y tanto más fuerte el dolor cuanto el ser que se quiere revelar es más alto. Figúrese cómo será el grito de Dios en nosotros. Tal vez —entre otros misterios— para que no fuese tan grande el dolor de la sombra que quiere dar su parte de luz, se hizo carne la Palabra» (20).

Las palabras humanas valen por lo que significan. De dos modos: «en intención —representaciones— y plenamente con sangre del ser —en vida—. De estas últimas quiere que sean las suyas. Así eran las de su modelo epistolar, San Pablo: «Para mí no hay duda que es el hombre que más se ha dado en la expresión y probablemente el que más ha hecho que los otros se le entregaran a él —a Jesucristo en él— en eso mismo en que él se daba» (21).

«Ángel expresa la inmanencia de la Palabra como: *Llamamiento*. La hermosura del mundo, la plenitud de la vida, llamando se entrega» (22). «Ella fue para él —el contemplador— el *llamamiento* —de llamar— y él es para ella el *llamamiento* —de «llama»—. Juntos, ese hondo llamamiento de darse con la palabra los dos, objeto y visión encendida, voz que llama con su hermosura y voz que en respuesta llama con su expresión, fundidos en una sola llama: con voz de llama quieta. Análogamente a como el Padre se da al Hijo y el Hijo al Padre y los dos juntos al Espíritu de los Dos, al Amor de los Dos, para arder los Tres en la unidad de la única LLama, llama de Amor que es su Esencia» (23).

(19) En sus «Aclaraciones a la poesía de Hölderlin» —es clave en *Sein und Zeit, Ser y Tiempo*—.

(20) C 155, comienzos de 1958. En la misma carta: «Aspiramos y respiramos Poesía con todo el ser»; frase que nos trae al recuerdo la de Claudel, para quien la poesía consistía en esto: «Aspirar vida y respirar una palabra inteligible».

(21) A Ellacuría, C 149, 30 de agosto, 1953.

(22) Jn 1, 16. La *Nueva Biblia Española* muy distinto; toma $\chi\rho\alpha\iota\sigma$ no como «gracia» sino como «amor»: «recibimos... un amor que responde a su amor». Es una interpretación; no textual.

(23) A Bertrán, C 4, 1964?

La palabra humana es por lo mismo esencialmente amor, cuando es del todo lo que la palabra con el hombre tiende a ser desde sus cimientos: aquello a lo que es llamada por Gracia. En ese sentido profundo, su realización plena no depende del número de los que la escuchen. Ni el mérito ni la belleza dependen de cuántos los contemplen. Ángel quiere nombrar las cosas y recrearlas. Sólo es de veras, si llega al corazón de ellas con su palabra y lo entrega en ella. Las cosas no son sombras de «ideas eternas». Están habitadas por la Palabra que las hizo «ser»: participación y semejanza del Ser. Ángel bebe las palabras esenciales en la fuente de la Palabra de Dios, hecha carne.

Poemas de Dios: una Palabra (24)

EL corazón de Ángel es grande. Todo lo real y todo lo posible lo halla reunido en una sola forma –Forma sin forma–, una sola Palabra, Palabra Creadora, encarnada. Todas las palabras humanas, incluida la Poesía (y la Filosofía: Ellacuría la estudia; Ángel es profesor) nacen del ser y buscan el ser, la plenitud del ser en el Ser único. Ángel busca la Poesía plena porque ella pondrá ante la Verdad y Belleza sin límites, que en toda vida le habla –le «llama»–: «Cuanto más nos acerquemos a la verdad que es la poesía, más cerca estaremos de hallarnos frente a frente con la Palabra de Verdad, única fuente y único mar último de la poesía. No hay duda para mí de que más que investigar la esencia de la poesía es darla –en cualquier forma que sea, y más aún en la palabra de la Palabra» (25).

Somos nosotros mismos, ha escrito Ángel, poemas de Dios –textual expresión de San Pablo, Ef 2, 10 –*ποίηματα του θεου*–. «La Verdad nos dijo –nos hizo diciéndonos–. No nos salgamos de la verdad que somos» (26). Pero nos ha dicho –y hecho– de modo que nosotros mismos debemos llegar a ser en Él su palabra completa, con nuestro ser y nuestra palabra. Somos una palabra que debe abrirse al Ser, para que así nazcan nuestras *palabras esenciales*; y así entremos, de vuelta, en la Palabra que nos convoca. Es esa Palabra de Dios la que quiere revelarse, nacer en nosotros, naciéndonos a su eternidad. «Figúrese cómo será el grito de Dios en nosotros (para hacerse luz en nosotros). Tal vez –entre otros misterios– para que no fuese tan grande el

(24) En el ensayo «Sobre Construcción y Albañilería», la poesía como construcción, escrito en México, en el estudio de su gran amigo, el arquitecto Ricardo de Robina.

(25) A Ellacuría, C 151, 30 de julio, 1954.

(26) A Ellacuría, C 153, 6 de agosto 1965.

dolor de la sombra que quiere dar su parto de luz, hizo que su Palabra –la palabra de todos los seres– se oyese junta en la Palabra de Dios, hecha sensible en un Hombre –en el Hijo del Hombre–» (27).

Escribe a J. Blajot el proceso teologal de la Palabra: «Nacimos de la Palabra y tenemos como término final la Palabra y por eso todavía, más que tener como medio de comunicación la palabra, somos esencialmente una *palabra comunicativa*. No tiene otra razón más honda el *Arte*. Y toda nuestra naturaleza es un *Arte de la Comunicación*, con todos, con todo y con el todo –con Él todo–» (28).

Las palabras del hombre y del poeta van a los otros, aunque no sepa a quiénes, ni cuándo. Todas las palabras se reunirán al fin en la Palabra; entonces se manifestarán las almas con las que hemos comunicado, a quienes hemos comunicado en nuestra palabra, la Palabra de Dios. Así a Emma Rizo: «De la mayor parte (de aquellos a quienes llegue nuestra palabra de vida) no sabremos sino cuando de todas las palabras se haga una sola, revelados todos en Ella, y cuando de todos los nombres que entre sí se han comunicado, se haga el solo *Nombre* de que todos participaremos... También ellas conmigo, con el mundo, con Dios en Jesucristo, han de ser reveladas. Con su nombre lleno... ¡qué gozo ir repasando, como en revista de mucha alegría, estas almas una a una!» (29).

¿Qué importa entonces que la palabra que decimos quede incompleta, si es una palabra dicha en la Palabra? «Pero no, mejor es mandarla sin terminar (la carta), como dejaré todo sin terminar para cuando me lo termine una sola Palabra –LA PALABRA–» (30). ¿Qué importa que nuestra palabra no sea tan bella, si tiene su contacto? «¿Será esto (la eficacia que ve de su palabra) porque a mi palabra se le infiltra y transfunde algo de lo que, sobre otras bellezas que la mía no tiene, es mi ideal de la palabra, de toda palabra de arte, que sea lo más cerca posible sacramental –que produzca y casi sea lo que significa–?» Máxima eficacia en silencio: «Abrazo en silencio o del silencio a que esa palabra (humana) en el máximo de su eficacia lleva siempre. Todo análogamente, como la Palabra de Dios hecha sensible y temporal, dicha corporalmente –entre dos silencios de eternidad–» (31).

El Universo expresa la Palabra de Dios –que pronunciándole lo creó y lo crea–. Y todo el arte –que de modo inmediato– expresa el Universo. Todos

(27) A Ellacuría C 1155, comienzos de 1958.

(28) A J. Blajot, C 5, 1952.

(29) A Emma Rizo de Yanes, C 37, 7 de abril, 1959.

(30) A Bertrán, 3 de agosto 1962.

(31) A Bertrán, agosto, 1964.

os poemas son parte de un solo poema. Todos los poetas articulan de alguna manera la misma melodía –en todo lo que es en ellos autenticidad, vida, belleza: Poesía–. «Todos los poetas, escribe a Cardenal, especialmente los cristianos, cumplieron después esa misión reveladora. Y seguirán cumpliéndola los que han de venir. A esa legión... pertenecemos. De ellos queremos ser. Y de ellos somos para formar entre todos el gran poeta revelador de la Palabra, forma de vida hasta que Él –la Palabra– se nos revele sin forma, es decir, se nos entregue sin velo... Al entregarla la Palabra, se entrega el ser que la Palabra revela... Y tiene plena realidad eso sólo en Dios: la cosa es la Palabra, o la Palabra dice enteramente la cosa.

«Y antes de que la Palabra tuviese labios» –espléndida fórmula de Ángel para decir la Encarnación: la Palabra de Dios tomó labios en Cristo–, «tenemos este hecho: que Adán es el único poeta –entre los hombres– que con todo rigor se puede llamar primitivo. El que más cerca estuvo de la Palabra creadora. Él dio la palabra justa a las cosas que por la Palabra acababan de ser creadas». Los antiguos dijeron más de lo que querían al decir que el arte es largo y la vida breve. Porque el arte –esa Palabra que abraza a todas las alabras– «no es sólo la de un hombre sino la de todos los poetas, los artistas que ha habido, encadenados unos a otros por la vida manifestada en su arte respectivo, para formar una sola vida de arte que se alarga como infinitamente, pero que siempre se queda corta porque su término, su perfección en la forma, es la perfección sin forma, o sea, porque su arte es infinito. (El principio de que nace y el fin a que aspira es Infinito.)» (32).

Poetas de la Palabra creadora

ÁNGEL prefiere, a toda otra forma de perfección, la de «darse en lo que uno escribe» –como San Pablo– (33). Su rama, si se puede hablar así, es que, cuando está en ese estado de poesía, no cabe en lo que digo lo que siento» (34). En cambio, cree que ha superado la aparente contradicción sujeto-objeto. «Contradicción he dicho. Y no hay contradicción: todo lo de fuera entraba antes en mí, como de fuera. Ahora sale conmigo de mí, como lo que es: como esencial de lo que yo soy en ese fuera, de lo que ese fuera es dentro de mí y que ha tenido que entrar de alguna manera en mí para que de mí salga» (35).

(32) A Cardenal, C 42, 13 nov., 1945.

(33) A Bertrán, 22 de febr., 1957.

(34) A Bertrán, agosto, 1964.

(35) L. c.

Sólo en su alta experiencia de la vida, Ángel verá sus poemas como fragmentos: «Poemas semivivos, fechorías mías. Desvirtuación de los poemas de Dios –ποιηματα του θεου– que dice San Pablo». La plenitud... será en el cielo. «Porque allí lo sabremos todo saboréandolo... Donde el conocer es más amar y donde el más amar es más conocer y donde todo es vivir con la vida que es la Vida toda en mi vida. Mi vida, mi vida toda en la de Él y su Vida, su vida toda en la mía» (36).

Ángel y sus amigos tienen que hacer versos, para participar de la Palabra de Dios. Han dado en llamar a Dios con suma reverencia, «el Poeta»... «Y eso está muy bien: Dios, Creador, el Poeta. «El nos engendró voluntariamente con su Palabra de verdad, para que seamos un cierto principio de su creación» (37). «Y también nosotros, los poetas, a imitación suya, engendramos nuestras criaturas con nuestra palabra de verdad, es decir, con la palabra de la Palabra, de nuevo en alguna manera encarnada en nosotros» (38).

Somos ventanas, cuadros de ventana al Infinito: qué extraño que lo sean nuestras palabras en que nuestra profunda vida-realidad se manifiesta. «Cada uno un cuadro de ventana, limitado en sí y dejando que por su límite nos asomemos al infinito: Reina (la poesía) al fin desterrada! / Sí...: en mi Palacio / tengo cinco ventanas al Infinito» (39).

«Esos misterios sobrenaturales son al mismo tiempo el origen y el término de los misterios naturales de la palabra. Misterios de la palabra humana, o mejor de esa ansia angustiosa, agónica, con que la vida del hombre tiende a hacerse vida en la palabra. Dar su vida: perderla para ganarla... Porque la palabra es el mejor hijo del hombre, y los otros tanto lo son cuanto además de hechura de su cuerpo, son las palabras de su alma. Quizá no sin misterio, la Palabra encarnada se anunció con el nombre de “Hijo del hombre”. Y ella misma se presenta como el “Hijo del Hombre”» (40).

Toda la obra de Ángel está penetrada de esa Palabra: «Lo de la Palabra está esparcido en mil partes» (41). Ángel se resume a sí mismo: «Afirmación de la Presencia que se hizo a una con mi vida, la Presencia que invadió mi

(36) A Vargas Tamayo, C 106, mediados agosto, 1946.

(37) Cita de Sant 1, 18.

(38) A Lucas, L. c.

(39) A I. Ellacuría, C 149, 30 agosto, 1953. Ángel cita los versos finales separados; son de una vieja poesía suya –que ahora lee con luz nueva, como tantas veces–.

(40) Al amigo el Dr. Carlos A. Morales; C 119, citada, 24 dic., 1945.

(41) A Emilio del Río, C 78, 22 dic., 1964.

(42) A E. del Río, C 75, comienzos de 1959?

vida toda y que con toda mi vida he trabajado y gozado *por decir* en todo: Presencia viva de Jesucristo vivo» (42).

«Todo fue hecho por la Palabra: el Padre comunicaba por ella todos los tesoros de su Ser... Y ...ese Verbo que... estaba en aquel silencio divino, diciendo la única Palabra que lo expresa todo, después de haberse manifestado por la creación... se hace en el tiempo Palabra sensible en un hombre, para que todos los hombres pudiesen oír esa Palabra. El Verbo es el Arte de Dios omnipotente... Todo arte es participación de ese Arte, que en una Palabra encierra todas las palabras y en un silencio todas las armonías» (43).

La palabra humana es así el lugar de la manifestación de la Luz: y entonces, en ella, «*Todo es Revelación*». Para ello es preciso ir con ella más allá de las rivalidades de cada día, más allá de la lógica y de la sabiduría de este mundo. «¡Qué difícil de expresar estas intimidades de nuestro mundo! Cuando lo sentía en mí, hace un momento, lo veía en un puntito de luz que se concentraba en unas pocas palabras sueltas: invisibilidad de presencia... perfecta vida presente de los seres ausentes en ese mundo... Ahora al querer dar a luz en palabras enlazadas ese punto de luz, siento que se me ha deshecho... ¿No crees que de esa tremenda dificultad de nuestra lógica, nace todo el arte ilógico moderno que en parte es tan antiguo como el mismo arte? *Todo es Apocalipsis*» (44).

(43) A Antonio Capel, C 108, julio, 1940.

(44) L. c. —Las líneas sobre el arte ilógico moderno, van en carta a Blajot, también—.